

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

MARIA URZUA

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?

MARIA URZUA

AGRUPACION AMIGOS DEL LIBRO

Agrupación Amigos del Libro
Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa
Carlos López Labaste
Carlos George-Nascimento
Oreste Plath
Pepita Turina
Alfonso Calderón
Claudio Orrego Vicuña
Arturo Valdés Phillips

Tiraje: 1000 ejemplares
Impreso por CRT
Balakireff 5135
Santiago de Chile 1978

¿QUIEN SOY?

FE DE ERRATAS

Pág. 11, última línea dice: jutno
debe decir: junto

Pág. 12, línea 6 dice: le
debe decir: el

Pág. 12, última línea dice: Ceferina
debe decir: Seferina

Pág. 21, línea 2 dice: Lucía
debe decir: Lucila

Pág. 21, línea 6 dice: ún
debe decir: aún

Pág. 22, línea 14 dice: halagada
debe decir: halagado

Pág. 27, línea 5 dice: conservo, muy tristes, siguió...
debe decir: conservo, muy tristes, pero siguió...

Pág. 31, línea 20 dice: filla
debe decir: fila

Pág. 33, línea 10 dice: Vlana
debe decir: Viena

Pág. 37, línea 17 falta el siguiente párrafo:
El tercer libro de poemas fue: "También el Hombre Canta".

Pág. 38, línea 10, falta comillas en la frase: "Gracias a la vida que me ha dado tanto".

María es un nombre bíblico, cantado y venerado durante siglos. Sin embargo, para mí, fue desde el comienzo un nombre vulgar, demasiado repetido. En el grupo más estrecho lo encontramos, y posiblemente debido a eso no se me hizo simpático en mis años de infancia. O tal vez pudo haber sido un hecho especial.

Entre la familia y las amistades se hablaba con ternura de "la otra Marujita", la que yo no conocí, la que murió antes de mi venida al mundo. "La Otra" era linda, rubia, de grandes ojos azules, como los de mi madre". Eso lo repetían todos.

En un comienzo, yo sufría con ellos. ¿Por qué no estaba? ¿Dónde se había ido?

Más tarde, cuando comprendí la significación de la palabra "muerte", todo tomó otro sentido.

Había visto morir al perro regalón. Eso me hizo sufrir. Lloré muchas noches, pensando en él, y cuando dejé de pensar en mi perro, lloré por la futura muerte de mis padres, de mis hermanos... y la mía.

Nadie pensaba morirse. Todos vivían felices, pero ya sabía que eso tenía que suceder un día. ¿Cuándo? Alguna vez.

Mi hermanita muerta, desconocida, ya no me hacía sufrir por el hecho de estar muerta. Se había transformado en mi rival. Era la otra. “La Otra era linda. Y ésta la que está viva, ¿cómo es? ¿Y por qué yo llevo ese nombre que le pertenecía a ella? ¿Por qué?”

No era envidia. Tampoco alcanzaba a ser un sufrimiento. Sólo eran ideas fugaces, y volvían cada vez que los grandes recordaban los encantos de la desaparecida. Tanto la recordaban, que al fin imaginé conocerla y a veces conversaba con ella. Su imagen llegó a serme familiar y me acompañaba. Fue mi ángel bueno y sabía defenderme.

Fuimos once hermanos, y entre ellos me sentí feliz.

Mi padre, apasionado y fuerte, era mi refugio. Nunca supe por qué me prefería a mis hermanos. Yo pensaba que así debía ser porque ellos eran más grandes, y su ternura me bañaba en felicidad. Exclusivo, injusto, duro, sólo se ablandaba junto a mi y yo lo sabía.

Mi madre, chiquita y delicada, de carácter angelical, repartía su cariño y sus cuidados entre todos... Nunca se alteraba. Sólo se entristecía, cuando él era injusto. Pero yo me sentía su protectora. Lo miraba feo y entonces su mirada se enternecía.

Ignoraba si mis hermanos mayores me querían, pero los respetaba y me entretenía con ellos. El mayor de todos era periodista. Yo trataba de agradarle. En la casa se le veía poco. En cambio Rafael, estudiante de Medicina, llegaba con sus compañeros a estudiar y hacer deportes. También era dibujante. Enviaba caricaturas a una revista.

La casa era muy grande. En el segundo patio había un gran parrón y muchos árboles. Teníamos permiso para jugar

a la hora que quisiéramos, pero cuando era el tiempo del colegio, entonces, primero se hacían las tareas.

¿Por qué llegan de pronto imágenes lejanas que parecían olvidadas, sumidas en la bruma del tiempo?

Tal vez la imagen que no se pierde, latente en nuestra mente sin saberlo, la que no pierde nada de su eficacia, es la imagen que nos escoge a nosotros. Es el margen, la profundidad, el llamado secreto.

Me pregunto por qué algunos recuerdos llegan sin hacer esfuerzo alguno por encontrarlos. Están ahí, cuando parecían muertos, enterrados en el tiempo. Y de pronto aparecen nítidos, como parte integral de la vida pasada, y sin embargo, en el momento vivido no parecían parte integral de un hecho o de una acción.

¡Y vaya si eran importantes, ya que reemplazaron a mil imágenes desvanecidas! Y si cerramos los ojos, sólo ésas, las que nos han elegido, están ahí, al frente.

Así recorro una verdadera galería de imágenes pasadas. Fotografías que no se borran. Por el contrario, van tomando colorido. Se iluminan, actúan, me acompañan, me sonrían o me reprochan. Y como fondo, está la atmósfera de paz, de dolor o de alegría. Y yo, en medio, sufriendo o gozando, al revivir.

Y veo los cerros altos, cubiertos de nieve o de vegetación, y caminos familiares, nunca recorridos, pero leídos en la adolescencia.

Estoy viendo en el muro, agrandada, la sombra de mi padre, y al lado, chiquita, la sombra de mi madre, mientras yo permanecía enferma en la cama, en mis primeros años de edad. Veía moverse estas dos sombras... y pensaba:

—Claro, él es tan grande, por eso a veces la hace sufrir.

Así, los recuerdos llegan agrandados, porque aunque los hechos parezcan insignificantes, encierran en sí gran signi-

ficación para la vida futura.

Mi padre, Blas Urzúa Cruzat, pertenecía a una familia de intelectuales, tal vez por eso tenían fama de locos.

Conocí a mi abuelo cuando era muy anciano. Al morir su primera mujer, se casó con la hermana menor de ella, Daniela Cruzat, a quien no conocí, porque murió antes de mi nacimiento. Tampoco conocí a todos los hermanos de mi padre. Ellos, en total, fueron dieciocho. Yo sólo conocí a cinco, de las tías, y a dos tíos.

Pero en el Diccionario Biográfico de Chile, de Pedro Pablo Figueroa, editado en la Imprenta "Litografía y Encuadernación Barcelona" figuran los méritos de cuatro hermanos de mi padre. Los cuatro, escritores. Y en el Diccionario Spasa encontré un día las biografías de dos de ellos: Leonor Urzúa Cruzat y Pedro Nolasco Urzúa Cruzat. La tía Leonor, siendo aún una niña, fundó en Curicó el primer liceo de mujeres y se llamó "Liceo para señoritas" donde todas las hermanas enseñaban. Además fundó la "Academia Mercedes Marín del Solar". Allí llegaban los mejores escritores de Santiago a dar conferencias, y ella misma cultivaba con su palabra de gran feminista a las mujeres de la ciudad. Además fundó la revista literaria "La Mujer", primera revista de mujeres de Chile y publicó dos libros, "Flores Incultas" y "Cuentos chilenos".

También mi padre escribía. Dejó dos obras de teatro y una Historia Vivida que sacó primer premio en un Concurso de "Las Últimas Noticias" y fue publicada en el diario, a modo de folletín.

En mi casa hubo buenos tiempos que yo no conocí. Vivían en San Fernando, y mis hermanos estaban internos en un colegio inglés de Santiago. Allá, en San Fernando, murieron la otra Marujita y otro hermanito, desconocidos para mí.

Mi padre compró una mina, abandonando la Sociedad a que pertenecía, "Delpino y Urzúa", importadora de animales argentinos que se vendían acá, y no sé cuántas otras cosas. Vendió sus propiedades y llegó a vivir a Santiago con su familia que se transformaba en familia.

Fue esta situación la que yo conocí.

Ahora, desde tan lejos, a mi padre lo considero un héroe. No sólo se preocupó de educar, mantener y vestir a su batallón de hijos, sino además ayudaba a sus hermanas, a sobrinos huérfanos y a quien lo necesitaba.

Era un gran matemático, y comenzó a trabajar en contabilidades durante los meses de invierno. Don Pablo Urzúa, que era intendente de Santiago, le consiguió un puesto en la Municipalidad. Todo esto duraba hasta el mes de noviembre.

En los primeros días partía a la Cordillera, con su séquito de mineros y de mulas. Llevaba víveres para toda la temporada de trabajo; que terminaba, me parece, en abril. También solía ir don Ricardo Latcham, padre del escritor. Era el ingeniero de la mina, pero mi padre a veces no respetaba sus opiniones.

En la casa, cuando él estaba, había grandes reuniones con los socios de la mina. Todos eran señores fanáticos que soñaban con grandes fortunas, y no contaban con fortuna para ayudar a los trabajos.

Así transcurrió mi primera infancia, entre mis padres y ocho hermanos.

Mi lugar preferido no fue Santiago, sino un rincón pintoresco entre colinas y el río Cachapoal, que en ese tiempo estaba casi entero plantado de viñedos. Se llama Larmahue, y ahí vivía mi abuela materna. Ese era mi Paraíso.

El camino principal es una larga cinta, junto a la cual

serpentéa un canal, en el que centenares de ruedas enormes, giran bajo los sauces, para sacar el agua de riego.

El rumor del río impregnó mis primeros sueños con su voz grande y sus frías profundidades. Me penetré del salvaje sabor a tierra, de la magia del color en los sauces bañados de luz, en el contorno suave de los cerros que se tiñen por las tardes en dorado y violeta, y en la montaña azulada y distante.

Mi abuela materna, doña Seferina, poseía la sabiduría de hacer felices a cuantos la rodeaban.

“Mi casa, nos decía, se rige por la ley de la libertad. Aquí nadie manda. Ustedes, mis nietos, son los dueños y señores de estas tierras y pueden hacer lo que quieran”.

Y la pandilla de nietos trepaba los árboles, correteaba a caballo por los cerros, nadaba en el estero, se lanzaba desde lo alto de las parvas de paja.

De entre los mejores recuerdos de mi infancia, se destaca, nítido, el rostro sonriente de mi abuela y su personalidad de mujer sabia y fuerte.

Se dice que los primeros años de la infancia rigen la vida entera del ser humano, y que las tres generaciones: abuelo, padre, hijo, unidas por un muy especial ligamento afectivo, conviven los mismos acontecimientos, ya que están viviendo el mismo tiempo histórico, en los mismos días. Pero que las experiencias son diferentes para cada uno, de modo que no es una misma realidad la que conviven. Son tres posiciones diversas, no sólo por la edad, sino por las circunstancias que los rodean, y que, por tanto, son totalmente diferentes.

Yo no estoy de acuerdo con esa teoría, y pienso que los dos extremos del círculo se unen, ya que mi mejor amiga de infancia fue mi abuela Ceferina.

No quiere decir esto que no me entretenían los niños de mi edad. No. Fui alegre por naturaleza y era tan juguetona como los otros. Pero me entusiasmaba tanto acompañarla, oír sus historias, conversar con ella. La verdad, era un ser muy especial. Siempre entretenida, ingeniosa. Sabía narrar lindas historias, de personajes que nunca olvidé.

Nosotros vivíamos en Santiago y ella en el campo, dirigiendo sus tierras. Pero de pronto, sin aviso previo, llegaba a vernos, cargada de regalos. El que abría la puerta de calle daba la señal de aviso. ¡La abuelita!

Y desde el último patio, corríamos felices a su encuentro. Cada uno quería dar el primer abrazo y el primer beso.

Era encantadora. Alegre, juguetona, ingeniosa, sabía colorear sus relatos, en tal forma, que siempre la rodeábamos.

Cada vez que llegaba a Santiago alojaba en mi cuarto, y a ella la alegraba porque yo le leía *El Conde de Montecristo*, *Los Tres Mosqueteros*, y otros de sus libros preferidos.

Cuando debía estudiar mis lecciones, me pedía que leyera en voz alta. Yo se lo agradecía porque mi memoria era auditiva.

Una noche me pareció verla dormir y permanecí leyendo en silencio.

De pronto se incorporó en la cama y pregunto: ¿Por qué suspendió el estudio?

— Porque usted necesita dormir, abuelita.

— ¡Dormir! ¿Que no se da cuenta, hijita, que estoy preparando mi bachillerato? Siga leyéndome. Así me luciré en el examen. Y comenzó a repetir de memoria lo que yo había leído.

Ahora suelo ir a su tierra. Algo ha cambiado. La casa es toda nueva, y llena de las comodidades que antes no tuvo porque la época no las tenía. Pero están los árboles, el canal

por donde sigue cantando el agua, el parrón, los caminos por donde correteábamos.

— ¿Quién manda aquí, abuelita? Y su voz se quedó para siempre en mis oídos.

“Aquí nadie manda. Esta casa se hizo por la ley de la libertad. Ustedes son los dueños de este campo”.

Y así seguirá, porque mi hermano que allá vive, adoptó ese lema. “Aquí nadie manda”.

Está el jardín, su jardín, donde se recreaba durante horas, y donde yo la sorprendía conversando con las plantas.

La primera vez me quedé mirándola extrañada. Ella me enfrentó y me dijo: “No, hijita, no estoy loca, y ellas, mis flores, lo saben. ¿No has visto cómo lucen felices, cuando yo les hablo? Ellas también tienen sensibilidad, como yo y como tú. El día que no les hablo, se marchitan. Y así como las gentes, no todas son buenas, igual ellas. Hay plantas malas, venenosas. A esas, las extirpo de raíz. Esas no florecen porque no tienen alegría”.

Yo me sentía tan ligada a mi abuela materna, que jugaba con ella. Y cuando todos partían a Santiago, me quedaba otro mes, haciéndole compañía.

Llegaba al colegio a fines de abril y me ponía al día en las lecciones. No era difícil porque recién comenzaban a pasar materia nueva.

Siempre fui buena alumna. Sabía que más tarde, cuando fuera mujer, iba a triunfar como mis tías, si aprendía todo lo que me enseñaban.

Ese año, el segundo de humanidades, no podría olvidarlo. Era la menor del curso. Tenía doce años. Todas mis compañeras pololeaban, por lo menos, se jactaban de ello, y se burlaban de mí porque no pololeaba todavía. Dos de ellas en especial. Eran las mayores del curso y trataban de

mangonearme. Querían ser mis amigas porque yo tenía hermanos grandes: un periodista y un estudiante de Medicina y esperaban que las invitara a mi casa.

Un día miércoles se corrió la voz que esa tarde, como no había clases, el curso iría a la Quinta Normal, a jugar a la pelota. Yo pedí permiso en mi casa y fui, creyendo que nos acompañaría una profesora.

Había que juntarse en la puerta principal de la Quinta.

Sólo acudimos seis muchachas, y ninguna profesora. Cuando pregunté qué profesora llegaría, se rieron de mí, y me trataron de ingenua. La mayor de todas me presentó un primo que la acompañaba. Era un muchacho de unos catorce años. No recuerdo haber conversado con él, ya que me dediqué a jugar a la pelota.

Al día siguiente, en clase de matemáticas, la prima del muchacho quiso pasarme un papelito doblado, a través de otra compañera. No alcancé a recibirlo porque la profesora lo arrebató antes que llegara a mí, y se lo guardó en el bolsillo.

El día viernes en la mañana, apenas llegué al liceo, una inspectora me tomó de la mano y me llevó a la oficina de la Directora. Y comenzó el interrogatorio.

— ¿Por qué fueron a la Quinta el miércoles?

— Fuimos a jugar a la pelota.

— ¿Tenía permiso de su casa?

— Sí, señora, lo tenía.

— ¿Usted era amiga del primo de esa niña?

— ¿De cuál niña?

— No sea hipócrita. Usted bien sabe a qué me refiero.

— No lo sé, señora. Si usted habla de un primo que acompañó a la Blanca, yo no sé ni cómo se llama él, y ni siquiera le conversé nada porque estuve jugando a la pelota.

Entonces, ¿por qué él le mandó saludos?

— Eso tampoco lo sabía.

— Mañana conversaré con su apoderado. Llévelo esta carta y veremos si sigue con subterfugios.

Yo, que siempre tuve buena conducta en el colegio y además las mejores notas de aplicación, quedé tan amargada, sin saber cómo actuar. No podía acusar a mis compañeras y era totalmente inocente.

Conté todo a mi madre, tal como las cosas sucedieron. Si mi padre iba al colegio, y lo natural era que me defendiera porque yo no había mentido ni había actuado mal, seguro que se molestaría con la Directora, y yo saldría perdiendo. Entonces mi madre pidió a mi hermano mayor que fuera en reemplazo de mi padre. Bueno, parece que en vez de convencer a la Directora, la Directora lo convenció a él, y me ligó reto en la casa.

Una mañana, al llegar al liceo, veo que todo el colegio estaba formado. Ocupé un puesto entre mis compañeras, sin saber qué pasaba. Ibamos a presenciar un campeonato del Liceo Aplicación de Hombres, en un estadio. Un tranvía nos llevó hasta el Estadio.

Como yo no entendía nada de fútbol, no me interesó permanecer de pie, contemplando el juego, y me instalé a otro lado, bajo unos árboles. Sentada en un tronco, comparaba el recinto a un rincón del campo de mi abuela. Aún me parece ver un hilo de agua corriendo entre las piedras.

De pronto aparecieron las dos compañeras fatales. Una de ellas me preguntó:

¿Te gusta este recinto?

— Sí, contesté. Me gusta mucho. Esos árboles son encinas.

Una de ellas me dijo: —Son lindos árboles. ¿Qué te parece este bosquecito para que almorcemos aquí?

—Yo no sabía que el colegio se quedará hasta la tarde.

—No seas ingenua. El liceo se irá a las once. Pero nosotras almorzaremos aquí. Mira esto... y las dos abrieron sus bolsones.

En ese tiempo, yo era muy golosa, y al ver un gran trozo de torta moka, castañas confitadas y no sé cuántas cosas más, se me abrió de par en par el apetito y dije "sí".

Cuando el liceo todo, como una enorme cinta azul marino, se formó, nosotras, escondidas tras unos matorrales, esperábamos. Por fin la cinta empezó a moverse, lenta, hasta que todo el liceo de niñas desapareció.

Cuando salimos del escondite, llegaron tres muchachos, con un canasto lleno de provisiones y mis compañeras hicieron las presentaciones. Sólo entonces me dí cuenta que me invitaron porque ellos eran tres.

Si hubiera sabido qué locomoción tomar para llegar a mi casa, me habría ido enseguida. Pero en ese tiempo nunca salía sola. Siempre con mi madre o alguno de mis hermanos. Además, ese barrio me era totalmente nuevo. Les estropié el festín, ya que no quise probar ni hablar nada. Ellos, los muchachos, eran alumnos del Liceo de hombres. Trataban de ser amables y decían piropos, mientras yo pensaba: "Se creen macanudos, pero ellos no tienen la culpa".

Terminado el almuerzo, todos partieron a las canchas a divertirse con el campeonato. Yo supliqué a mis compañeras. Lloré, y no hubo caso de convencerlas.

—Andate sola— me decían.

Me vi obligada a esperarlas. Y sólo a las seis de la tarde partimos en un travía especial para el Liceo de Hombres. Ahí, entre centenares de muchachos y todos los profesores, íbamos tres alumnas del Liceo de Niñas, o sea, el gran

escándalo comenzaba.

Y yo nada sabía de lo que pasaba en mi casa.

Como no llegué a almorzar, todos se alarmaron. Mi padre mandó a uno de mis hermanos a casa de una compañera mía del Liceo, y él llegó diciendo que por algunas horas habíamos ido a los Campos de Sport, que ella me había visto en la fila, sólo a la ida. Que a la vuelta me buscó y no me encontró.

Mi padre fue al Liceo. Puso de vuelta y media a la Directora. El creía que había sucedido una desgracia. Me sabía tímida, incapaz de una audacia de tal magnitud, y las costumbres de mi casa eran casi conventuales. Mis hermanos grandes, cuando pasaban la noche afuera, tenían que hacer mil y una figuras para que mi padre no se diera cuenta.

Estábamos a primero de setiembre. A las ocho de la tarde, ya de noche, descendí de un tranvía, en la esquina de mi casa. Allí estaba esperando mi hermano Rafael.

Furioso, me tomó del cuello de la blusa, y me dijo: "Vas a ver lo que te espera en la casa".

Yo era un pobre conejo asustado.

En la puerta esperaba mi abuela Seferina. Ella, siempre cariñosa, me abrazó y me dijo: —Hijita, tenga valor... ese hombre está como un león, allá adentro.

Entré a la casa. Me enfrentó y sus miradas eran latigazos. El no castigaba con las manos, sino con la mirada, y era mil veces peor.

Con palabras entrecortadas, conté lo que había pasado.

Llamaron a comer. Yo me resistía. Sólo tenía un tremendo dolor de cabeza. Pero sentada a su derecha, estaba obligada. Me lo ordenaba: "¡Come!" Y todo el familión con las miradas fijas sobre mí.

Mi madre, con sus ojos tristes... Los hermanos grandes, con cara de reproche. Los otros con miedo... Y esa comida no terminaba nunca...

Por fin... había que levantarse. Entonces, la abuela Ceferina me llevó al dormitorio, tratando de consolarme... Y de pronto, cuando ya comenzaba a tranquilizarme, entra mi hermano Rafael y me ordena; ¡Levántate rápido! La Directora te espera en el salón. Y cuidado con mentir. Tienes que decirlo todo. Si no, sería peor.

Y llegó lo peor.

Ella, sentada en un sillón, y mi padre, a su lado, en otro sillón, eran dos jueces terribles. Y yo, de pie, frente a ellos, contestándolo todo.

Pero no culpé a mis compañeras, porque sabía que yo era tan responsable como ellas.

Cuando terminó el cuestionario, la Directora dijo:

“Estas tres niñas no pueden quedar en el Liceo. Serán expulsadas. Esta, por haber sido aplicada, sólo tendrá permiso para llegar a dar exámenes, al final del año. Pero no volverá a clases”.

Esa noche no dormí; ni las siguientes. Había cometido un crimen. Era un niña mala y quería morirme.

Aún faltaban dos meses para los exámenes, y no me explico cómo pude resistir.

Pienso que un criminal arrepentido, no debe sentirse tan mal como yo me sentía a los doce años.

Todos partían temprano a sus labores. Sólo yo quedaba prisionera, tratando de estudiar en los libros, pero sin lograrlo, la materia que aún no había pasado.

Esos dos meses significaron dos años para mí. Por último terminó el plazo, y llegué a dar exámenes. La mayoría de las profesoras me miraban con pena y fueron benévolas. Trataban de interrogarme sobre la materia que yo había alcanzado a pasar en las clases. Así pasé a tercer año de Humanidades.

Me dieron el certificado, sin ningún ramo malo, incluso

con buenas notas. Pero con un timbre de agua, sólo en letras mayúsculas, que decía: EXPULSADA.

Al año siguiente, ningún colegio me recibió. Veían el letrero que me marcaba y decían: "No hay vacante". Así llegó el mes de agosto. Yo, que me había hecho tantas ilusiones con mi porvenir, estaba derrotada a los trece años.

Un día llegó a visitarnos la tía Susana, hermana música de mi padre. Estaba muy preocupada de mí. También ella había hecho gestiones para matricularme en algún colegio, pero inútilmente. Preguntó si habían ido al Liceo fundado por Gabriela Mistral, que estaba en el barrio matadero. En la casa, no lo conocían.

Entonces se encargó ella misma, ya que había sido amiga de Gabriela, y en dos ocasiones la había llevado a almorzar a mi casa, muchos años antes, cuando yo era muy pequeña.

Gabriela no estaba en Chile, pero se esperaba que pronto volviera. Mi tía habló con la Inspectora General, doña Celmira Zúñiga, y cuando ella leyó el certificado, dijo: "—Pobrecita! También nuestra Directora recibió de niña una afrenta como ésta. El Liceo N^o 6 le abre sus puertas".

Yo escribí una larga carta a Gabriela, contándole todo, y explicándole mi nuevo estado de ánimo por pertenecer a su Liceo.

Estudí bastante, y pasé todos los exámenes. Así, al año siguiente, llegué al cuarto año de humanidades. De vez en cuando seguía escribiendo cartas a Gabriela, como un hermoso compromiso de gratitud por el hecho de pertenecer a su Liceo sin la más remota idea de esperar una contestación.

Estudí bastante, ya que en sólo tres meses debía preparar todo el tercer año.

Un día doña Celmira Zúñiga reunió a todo el Liceo, y

dijo: "Quiero anunciarles que tenemos noticias de la señorita Lucía, y que ha llegado de ella algo para la alumna María Urzúa.

Era un hermoso retrato, todo escrito en el dorso. Decía: "Gracias, mi alumna muy querida por sus finas y hermosas cartas que leo con emoción. Perdone que ún quede sin ustedes algún tiempo. México me tiene muy obligada y debo servirle algún tiempo más. Lea mucho, pero bueno: Ruben Darío, Marquina, Valencia, Tagore... Diga a mis niñas cuánto las quiero, cuánto las recuerdo. Que son todo mi corazón y mi vida. Rueguen por mí. La abraza su maestra, Lucila".

Esto fue el colmo de mi felicidad. Después de tantos golpes, me llegaba la gloria.

Cuando llegué a casa con mi regalo, todos estaban felices. Mis padres me hicieron una fiesta. Invité un grupo de amigas, y todo se completó con mis hermanos. Después de algún tiempo volvió Gabriela, pero había presentado su jubilación como profesora.

Era el mes de enero. Estábamos en el campo, rodeando a esa mujer maravillosa que era mi abuela materna. De pronto, sin aviso previo, llegó mi padre. Cuando me besó, me dijo: "Vengo a buscarte".

No me hizo gracia y pregunté: "¿Pero por qué? Recién hace una semana que me vine".

—Bueno, contestó. Es cosa tuya. Si no quieres, no vas. Pero sucede que Gabriela Mistral llegó de Europa y quiere que tú seas su secretaria".

No podía creerlo.

Al día siguiente, estaba yo en casa de Gabriela Mistral. Esa primera tarde que llegué, ella me abrió la puerta. Toda

cohibida dije: "Soy María Urzúa".

Sí, contestó, ya lo sabía. Gracias, hija. Sabía que vendrías".

Me besó en la frente y entró conmigo de la mano a una amplia sala, donde conocí a Eduardo Barrios, a Pedro Prado, a Luis Alberto Sánchez, y otros escritores extranjeros.

Al entrar, dijo: Les presento a mi nueva secretaria, María Urzúa.

Yo había leído a Pedro Prado y a Eduardo Barrios, y ahora los escuchaba extasiada. Ya de noche, uno de ellos me llevó a mi casa.

Ahora mi padre se convertía en un amigo, y se sentía tan halagada como yo con mi suerte, que me habría dado lo que le hubiera pedido.

Al día siguiente, después del desayuno, partí a mi trabajo. Ella me esperaba. Me entregó un block, y comencé a escribir bajo su dictado. Mientras escribía, yo rumiaba mis pensamientos: "Pensar que soy la primera persona que oye esto".

Me dictó toda una conferencia sobre Palma de Mallorca, y al escribir me iba imaginando cada detalle, como si el paisaje estuviera ante mi vista. Y años más tarde, cuando me tocó en suerte visitar la Isla, en el primero de mis viajes a Europa, supe que desde aquella mañana, en que escribía bajo el dictado de Gabriela yo había visitado Palma de Mallorca.

A la hora de almuerzo llegó Manuel Rojas, a quien Gabriela llamaba Manolón.

A veces salíamos. Debía acompañarla a visitar a sus amigos. Recuerdo la casa de Pedro Prado. Una gran mansión de otra época, en un barrio alejado, más allá de Mapocho.

Un gran patio enarenado, y en medio un surtidor. Las gotas de agua caían como al compás de una música. Una especie de museo americano reunía artesanía de Chile y de otros países.

Habían empezado las clases. Doña Celmira Zúñiga, la nueva Directora, me daba permiso para faltar en las mañanas. Ella sabía que mi tiempo se aprovechaba.

Un mes después, Gabriela partía a Europa, invitada a participar en un Congreso de Literatura Latinoamericana.

Para mis profesoras del Liceo yo era la niña de los idiomas. Mis ramos preferidos fueron: Castellano, Francés, Inglés y el Dibujo.

Mi profesora de Dibujo, Luisa Fernández, nos llevaba a las exposiciones, y a las alumnas que demostrábamos más interés, nos invitaba a su casa los días sábados y nos guiaba en la acuarela. El último año, mi profesor fue don Pablo Burchard y después de los exámenes él me matriculó en el Bellas Artes. Llegué dichosa a mi casa. Estaban almorzando. "Estoy matriculada en el Bellas Artes" dije, al entrar.

Mi padre me miró muy serio, y dijo: "No admito artistas profesionales en mi casa. Tú, con ese espíritu libertino, dónde llegarías junto a esos bohemios locos". Y como no había caso de discusión, me matriculé en el Pedagógico, pero durante bastante tiempo seguí pintando. Asistí durante algunos años al taller del gran pintor Joaquín Macías, pero un día mi hermano Rafael, que además de médico es un gran dibujante, me dijo: Veo que te diluyes mucho. Tú escribes, pintas, haces deportes, das clases de francés... "Dedícate a escribir, eso es lo mejor que haces", y lo escuché.

Pienso que nací con el gusto a la literatura, porque trato de recordar el primer poema que retuve en la mente, y

siempre hay un anterior. A la edad de cinco años recuerdo haber actuado en una fiesta infantil. La verdad es que me contagiaba el ambiente de la casa.

En la mesa, a la hora de las comidas, se comentaban libros recién aparecidos. Todos leían mucho. Mis padres, mis hermanos mayores, los amigos de ellos. La tía Leonor pasaba largas temporadas en la casa. Siempre estaba escribiendo, y por divertirse, creo yo, escribía poemas infantiles que yo me aprendía de memoria. Más tarde, cuando ya había cumplido los siete años, aprendí a recitar en público. Ella, la tía Leonor, se había encontrado en una reunión con el almirante Fernández Vial, quien había inaugurado un recreo infantil en la Quinta Normal para aprovechar y estimular las condiciones artísticas de tantos niños, y al mismo tiempo entretener y cultivar al pueblo santiaguino.

Ella prometió ayudarlo, llevando a su sobrina. Así fue como domingo a domingo me llevaban a la Quinta Normal a recitar poemas de huasa, inventados por mi tía, vestida con trajes alusivos al acto. Esto me hizo popular con el nombre de "La guasita de la quinta", y cada vez que actuaba me obligaban a repetir todas las actuaciones pasadas.

Más tarde, siendo alumna del Liceo N° 6, pertencí a un grupo artístico de cuatro compañeras... Una era música, tocaba violín. Otra tenía linda voz. Otra bailaba clásico, y yo recitaba, pero no versos de huasa, sino poemas clásicos y al estilo dramático.

Eramos bastante conocidas y cada vez que había fiestas de beneficencia, nos ubicaban; y allá estábamos. Nos sentíamos felices, como verdaderas artistas.

Muy temprano comencé a escribir. Ya en primer año de Humanidades sabía trabajar mis composiciones.

Un día la profesora de Castellano nos repartió grandes hojas de block, y en la pizarra anotó el tema "Protección a los Animales".

Yo estaba impresionada por la muerte del Cholo, nuestro perrito, que había sido atropellado por un auto.

Pasó algún tiempo y nunca supimos la nota de esa composición.

Un día domingo desperté con la voz de mi hermano Rafael, que aún no se levantaba. Su dormitorio estaba continuo al mío.

"María, despierta". Aún medio dormida contesté algo. Entonces oí que me dijo:

"Te sacaste un premio, Sí, te premió la Sociedad Protectora de Animales":

-A tí te habrá premiado por animal, le contesté.

-Si es verdad, te premiaron una composición. Levántate. Salió en el diario. Sólo entonces recordé la composición sobre el Cholo, y me levanté a leer el diario.

Los premios fueron dados en la Universidad de Chile. Eran veintiuno, y yo me saqué el número once: un cheque, un diploma y un libro con las 21 composiciones.

Por eso, cada vez que me preguntan cuál fue mi primer premio, yo digo: El que me gané en la Sociedad Protectora de Animales.

Desde esa fecha comencé a mandar cuentos y poemas al Peneca, pero me guardaba el secreto. No quería que lo supieran en la casa. Temía que se burlaran. Mis hermanos eran cosa seria. Me refiero a los hombres, siempre estaban apocando a las mujeres.

Nunca supe si lo hacían sólo por el gusto de molestar o porque realmente así lo creían. En cuanto a mí, a mis hermanos mayores los admiraba.

Cuando aún era alumna del liceo, mi hermano Galileo fue enviado a Europa por su Ministerio a un congreso realizado en Ginebra.

Yo soñaba con viajar. Pensaba que no podía haber mayor felicidad que conocer países lejanos. "¿Tendré algún día la dicha de conocer Francia y España?", me decía, soñando y saboreando mi sueño. Me devoraba las revistas de arte, haciéndome la ilusión de recorrer los grandes museos. Cómo iba a imaginar entonces que mis sueños se cumplirían.

Muy temprano comencé a conocer la mentalidad del hombre frente a la mujer. A los doce años descubrí que mi hermano Rafael llevaba un Diario de Vida, donde contaba todo lo que le sucedía. Lo guardaba en una cajita de madera con llave, pero descubrí dónde escondía la llave. Desde el día en que mi olfato me llevó a encontrar el sitio de la llave, dije que yo me ofrecía para ordenar todos los días el cuarto de mi hermano.

Mi madre se alegró de saber que me esforzaba en ayudar, pero me recordó que no tendría tiempo, sino tres veces por semana. El día domingo y los dos días que sólo tenía clases por la tarde.

Así fue como aprendí a no ser crédula con los hombres, y sólo cuando fue un verdadero amor, lo tomé en serio. Antes, sólo palomillaba. Durante mucho tiempo fuimos simples amigos. Me ayudaba a estudiar, me llevaba caramelos. Ya me había matriculado al Pedagógico, donde compartí con muchos amigos interesantes, colombianos, panameños y también chilenos. Digo también, a pesar que la gran mayoría eran chilenos. Pero mis amigos eran todos poetas, y entre los extranjeros, abundaban, y además lo nuevo atrae.

También tenía un amigo argentino por correspondencia.

Nunca le conté que pensaba casarme, por no perderlo. Sólo el día antes de mi matrimonio, le escribí una larga carta de despedida, y cuando volví de la luna de miel, me encontré con su respuesta. Eran diez páginas que aún conservo, muy tristes, siguió escribiendo a mi hermana.

Me casé, después de haberme recibido en el Pedagógico, aún sabiendo que no iba a trabajar, por lo menos mientras mi marido estuviera a mi lado. El era ingeniero y confiaba en su suerte y en su salud. Durante ese tiempo, todo fue alegría. Guillermo Briseño, mi compañero en todo momento. Cuando jugábamos tenis, cuando salíamos a recorrer el campo a caballo, cuando leíamos un hermoso libro, cuando recibíamos a los amigos, cuando llegaban noticias tristes.

Pero una noche debía suceder porque los sabios dicen que todo está escrito. Cuando todo era risueño, cuando yo confiaba más que antes en el porvenir. Alcanzó a llegar a la casa después del accidente. Llegó en su auto. Salió de él para tenderse sobre su cama. Y ahí quedó. Así, de pronto, cuando nada hacía sospechar una desgracia. Y así de pronto, sin aviso, sin preparación, me quedé sola. Y quince días después, le tocó a mi padre.

Gabriela desde Petrópolis, lo supo. Recibí su carta, en que me invita a trabajar con ella. "Ahora lo único que debes hacer, es viajar, decía y yo estaría feliz de tenerte como secretaria mía y del Consulado".

Y partí hacia el sur, desde Valparaíso, en un barco que atravesó la zona de los canales, pasó el estrecho de Magallanes, para al final, en un amanecer lleno de luz, arribar a Río de Janeiro. Fue en 1944.

Gabriela me esperaba en el desembarcadero. Me impresionó verla. También ella había sufrido mucho. Estaba muy

delgada. La muerte de su sobrino y además su gran amigo Stefan Zweig con su mujer se habían suicidado poco antes.

Al día siguiente de mi llegada a Río, partimos a Petrópolis, que como lo dijo Gabriela, es un derramamiento de colinas, como una danza perpétua de mujeres felices. Y en realidad, observando desde arriba el colorido de tantas flores, da la impresión de gasas desplegadas en movimientos rítmicos, donde predomina toda la gama de matices del azul. Las hortencias crecen en todas partes y su colorido va desde el celeste pálido hasta ese azul fuerte que se hace violeta.

La casa en que vivió Stefan Zweig daba la impresión de estar suspendida en el aire y sostenida sólo por las flores. Queda a cierta altura en una colina. Gabriela se veía todas las semanas con el matrimonio Zweig. Y una mañana, así de pronto, alguien avisó por teléfono que el matrimonio Zweig se había suicidado. Para Gabriela fue como perder a un hermano. Y Juan Miguel, su sobrino, era como si hubiera sido hijo.

De vez en cuando llegaban escritores chilenos y extranjeros. Los chilenos eran invitados a quedarse. Así estuvo unos días Benjamín Subercaseaux. Después llegó Luis Oyarzún... Estas visitas la alegraban. Palma Guillén, pequeña y afanosa, era otro talento, pero el reverso de Gabriela. Metodica, organizada al máximo. Un verdadero guía en cada momento para quien la necesitara, verdadera sabia del vivir. Además sensible y perspicaz. Como una hermana, que en repetidas ocasiones pudo liberar a Gabriela de gentes que sólo querían aprovecharse de ellas.

Durante el tiempo que allí viví aprendí a conocer mejor la vida y a saber aquilatarla, además de haber tenido

la suerte de ser guiada por la maestra de las maestras. A ella, a Gabriela, debo el haber publicado mi primer libro. Todo sucedió un día domingo. Yo estaba pasando a máquina uno de mis poemas, cuando Gabriela entró al escritorio.

No trabajes, me dijo, hoy es domingo. Descansa.

“Esto no es trabajo, contesté. ¿Qué estas haciendo?” preguntó

Yo no me atrevía a mostrarle nada de lo mío. Sabía que era franca y si algo no le gustaba, lo decía. Pero esta vez pensé: ¡Atrévete! Y puse en sus manos la hoja de papel, con mi poema, que era “La Puerta”.

Lo leyó en silencio, seriamente, y me preguntó “¿Es tuyo?” —Sí, es mío —contesté.

“—Pues está muy bien” ¿Tienes otro?

—Sí, aquí hay otro.

Lo leyó tranquilamente y me dijo: “También está bien”.

Yo no podía creer, por eso insistí: ¿Pero es verdad?

¡Sí, muchacha, sí! Ven para acá. Se sentó en una silla. Me hizo sentar al frente.

“Dime, preguntó, ¿por qué casi no usas adjetivos?”

—No lo sé. Así me salen las palabras.

—De modo que por intuición... Pues es lo correcto. Dame todo lo que tienes. Llevé varios cuadernos y se los entregué. Estuvo leyendo todo pacientemente. Después me dijo: —Aquí no hay nada malo y esto es un libro. Llegando a Chile, publícalo. ¿Me lo prometes?

—Sí, Gabriela. Gracias.

Esa tarde llegó la escritora uruguaya Ester de Cáceres. Al presentarme, Gabriela dijo: Una escritora chilena.

Ese día fue para mí glorioso. No podía creerlo. Ella me consideraba escritora Sin su estímulo, yo nunca habría publicado un libro. Pero acá tuve dificultades. Y no pude publicar. Pasó el tiempo. Gabriela obtuvo el premio Nobel.

Yo me había venido a Chile porque mi madre estaba muy mal, sin poder moverse de una silla de ruedas. Pasaron los meses, los años. Murió Gabriela en enero de 1957, su cuerpo fue traído a la casa central de la Universidad de Chile.

Mi madre estaba muy grave, y yo permanecía a su lado en casa de mi hermana donde ella vivía. Sabíamos que se nos iba.

Una mañana llegó un mensajero de la Universidad con una carta para mí.

Me llamaban para hacer guardia junto al cuerpo de Gabriela, y yo no podía abandonar a mi madre. Pero mi hermano médico me convenció a ir.

—Creéme a mí, me dijo. Mi mamá se nos va, eso es un hecho, pero ella va a durar hasta la noche, y son las diez de la mañana. Yo te llevo a la Universidad. Tienes la obligación de estar allá, aún cuando sean unos minutos. Enseguida te traigo, y ya has cumplido”.

No podía dejar de acceder.

En la Universidad mucha gente rodeaba el ataud. Alumnas y ex-alumnas del Liceo N° 6 de Niñas, profesoras, amigas. Allí me quedé junto a ellas, sin poder contener las lágrimas, y cuando mi hermano me indicó a salir, me retiré. Pero una señora que, como otras personas permanecía sentada, en uno de los sillones, se levantó y me abrazó. ¿Usted es pariente de Gabriela? Porque yo la conozco a usted, me dijo.

No soy pariente, respondí. Yo fui su secretaria en Petrópolis...

—Por eso me pareció conocerla. Yo vivo en Petrópolis, y he venido representando a Brasil. Quiero conversar con usted.

—Perdóneme, no puedo. Mi madre está muy grave y debo volver a su lado. Mi hermano me espera. El me llevará. Y salí.

A las nueve de la noche dejó de vivir mi madre. Y sólo después de dejarla sepultada, me encerré en mi departamento de Alameda con Mac-Iver, que ocupaba entonces. Fue la primera noche que estuve sola. Al día siguiente, con el ánimo bajo cero, me preparé un café. Pensaba: hoy sepultan a Gabriela y yo no tendría valor de ir. Y de pronto, una especie de fuerza sobre mis hombros, me hizo salir del departamento, bajar en el ascensor y salir hacia la Alameda. La calle estaba desierta. Pero allá en la Universidad, un mundo de gente. ¿Por qué avancé? No lo sé. No era mi intención. Actuaba como autómatas. De pronto, un carabinero me detiene. “Muéstreme su tarjeta”, me dice. No entendí qué tarjeta. Pensé en el carnet. Andaba sin cartera. Pero metí la mano al bolsillo de mi blusa y había una tarjeta. Era rompe-fila, y me la habían dado el día anterior en la Universidad. El carabinero la miró y me dijo: “rápido, métase en la fila y apúrese que el cortejo va llegando a la Catedral”, y levantó la cuerda para que yo pasara.

Entré en la fila y avancé, hasta que un policía dijo: “Ya, nadie más puede entrar”. Yo mostré mi tarjeta, y él me tomó de un brazo diciendo: Apúrese. Corra, corra, que ya van a cerrar la puerta. Y corrí y entré.

Toda la gente estaba dividida en grupos. Me instalé en uno de ellos. Alguien me dijo: “Aquí está el cuerpo diplomático”. Me corrí hacia otro lado. Y una voz retumba en mi oído: “Váyase, ésta es la Cámara de Diputados”. Me corrí hacia atrás, pensando: Buscadora (era el sobrenombre que me daba Gabriela) siempre andas buscando dónde. Y sólo entonces me dí cuenta que no me había arreglado y

que después de llorar toda la noche, no debía haberme presentado en público. Y lo tremendo era que debía pertenecer a un grupo y yo no pertenecía a ninguno.

Probé una última vez, y me instalé en otro grupo, que estaba más cerca de la puerta. Y una voz de mujer me dice: Usted está de más aquí. Este es el grupo de escritores, y hay que seguir el protocolo”.

Bueno, pensé, te echan del templo, y dispuesta a salir, me corrí, pero una voz me detuvo. “María, María, ven para acá”. Era Marina de Moraes Sarmiento, que dos días antes me había detenido en la Universidad. Ahí me quedé con ella. Me preguntó: ¿Irás al Cementerio? —“No tengo valor de ir, le contesté. Ayer sepultaron a mi madre. Me encerraré en mi departamento”.

“Yo te acompaño. Estaré contigo”. Y durante todo el día permaneció en mi casa. Le conté la historia toda de Gabriela, cómo la conocí, cómo actuaba, su infancia, contada por ella misma... le leí sus cartas. Ella anotaba en su libreta. Al día siguiente partía a Río. Antes de irse me dijo “Tú vas a ser homenajeada en Brasil”.

Un mes después me llegó la invitación: Los hombres de Letras de Brasil me invitaban a Río y a Petrópolis a dar conferencias sobre Gabriela. Allá permanecí un mes. La Universidad de Chile me dio credenciales, de modo que el Ministerio de Educación me permitió dejar las clases por un mes.

Yo sólo había publicado un libro para el estudio del francés, y llegando a Chile me vi obligada a cumplir con la promesa a Gabriela en Petrópolis, cuando me dijo: prométeme que llegando a Chile, publicas tu libro”. Y apenas volví, con el apoyo de Angel Cruchaga Santa María, que se ofreció para darme el prólogo, apareció RIO AMARGO con los poemas que Gabriela leyó. Además Angel Cruchaga

me presentó en EL SINDICATO DE ESCRITORES, donde me encontré con amigos de mi hermano Galileo, y a quienes les debo toda mi gratitud por su acogida. Después llegué a la Sociedad de Escritores y al Pen Club.

Por todo esto, yo digo que Gabriela, después de muerta, me obligó a publicar mi libro.

Antes de este segundo viaje a Brasil yo había hecho un Tur por Europa con gente del Pedagógico, en 1954. Recorrimos España, Portugal, Italia (de Francia, sólo París", de Alemania München, de Austria, Viena). En realidad fue un viaje maravilloso, dirigido por un profesor del Pedagógico.

Después, en 1962, el Gobierno de Francia me premió con una beca a la Sorbonne, para completar estudios de Literatura Francesa. Allí además de asistir a las clases, tuve oportunidad de conocer a algunos escritores y entrevistarlos. Esas entrevistas fueron publicadas en "El Mercurio" de Santiago y más tarde reunidas en mi libro "Volvamos a París".

Mi último viaje fue en septiembre del año recién pasado. En los primeros días del mes partí a Francia. Permanecí cuatro meses en París, recorriendo calles y lugares que añoraba, visitando parques, museos, cementerios y en especial antiguos amigos franceses y chilenos, que al verme se alegraban porque representaba un pedacito de tierra chilena.

Regresé el último día del año, y tuve el agrado en el aeródromo, de encontrarme con cuarenta personas esperándome, las que componen mi familia.

Desde muy niña comencé a leer a los clásicos. Virgilio, Horacio y Homero no dicen cosas vagas ni repetidas de los otros y supieron hablar con altura de las cosas pequeñas.

Pero, eso sí, nunca me atuve a las reglas. Y cuando leí a

Boileau, que dice: —“ ‘Las reglas no son sagradas’ —, pensé: “Ahí está el secreto de lo sublime”, todo lo que se rige por reglas es duro y seco”.

El, Boileau, como los griegos, empleaba la misma palabra para designar el Bien y lo Hermoso, porque lo hermoso que no se encuentra sino en la verdad; no se encuentra igualmente sino en el BIEN.

También aprendí de él las obligaciones del poeta, que para mí, son obligaciones del escritor. Las repito y hago lo posible por cumplirlas.

- 1.- Desconfiar de la adulación.
- 2.- Sacar partido de las críticas.
- 3.- Cuidarse de los celos.

La autocrítica a veces perjudica, porque suele llevar a dudas ridículas. De muchacha me leí los románticos franceses: Chateaubriand, Víctor Hugo, Lamartine, Musset.

Después, mientras estudiaba en el Pedagógico, me interesé Balzac con el Realismo.

Romain Rolland fue el escritor de mi adolescencia, y elegí su obra, “Jean Christophe” para trabajar en mi “Memoria” al final de mi estudios de Pedagogía en Francés.

También me interesaron los rusos: Dostoievski, en “Crimen y Castigo” pinta las realidades de la vida, con verdad y dureza. Pero su sueño piadoso lo lleva más allá de estas realidades, en un esfuerzo sobrehumano hacia alguna consumación del Evangelio, algo como un realismo místico. Su lectura me hacía sufrir con los personajes, como el Idiota, Las Pobres Gentes, los Hermanos Karamazov.

También me interesó León Tolstoi, cuando leí “Resurrección”.

Ahora sigo persiguiendo a los escritores franceses: Camus, Saint Exupéry; no debieron morir nunca.

Nunca me cansaré de seguir leyéndolos.

Esto no significa que dejo de lado nuestra literatura latinoamericana.

Nosotros tenemos grandes escritores. Me los conozco a todos, como buen ratón de biblioteca que siempre he sido.

Chile ha sido afortunado. Tenemos el orgullo de contar con escritores y poetas de primera magnitud.

No quiero hacer el papel de crítico. Sólo diré que no me canso de leer a Gabriela Mistral, a Pablo Neruda, a María Luisa Bombal.

Sí; hemos tenido suerte los chilenos con tantos grandes novelistas y poetas. Quisiera nombrarlos a todos, pero podría olvidarme de uno, y no me lo perdonaría. Ese es uno de los motivos porque adoro mi país, recrearme en la lectura de tantos libros, en un reencuentro con mis grandes amigos, todos vivos, aunque hayan desaparecido. Porque ahí, en las páginas de sus libros están latiendo sus deseos, sus sentimientos. En este momento, frente a mí, leo algunos nombres en una fila de mi estantería.

Pedro Prado, Angel Cruchaga Santa María, Luis Oyarzún, Diego Dublé Urrutia, Daniel de la Vega, Benjamín Subercaseaux, Préndez Saldías, María Monvel, Víctor Domingo Silva, Leoncio Guerrero... Y en otro casillero leo: Juan Guzmán Cruchaga, Luis Merino Reyes, Juvencio Valle, Mila Oyarzún, Francisco Coloane, y tantos, y tantos más, que llenen mis estanterías... Quisiera nombrarlos a todos, pero no cabrían en este trabajo.

Desde la aparición de mi primer libro de poemas, nunca dejé de escribir. El segundo poemario fue Altovalsol. Su nombre viene de Alto va el sol, y tanto el nombre del libro como los poemas a la materia, que en él figuran, fueron el resultado de permanecer viva, después de haber pasado por muerta.

Todo sucedió la noche de un sábado, después de Navidad, al terminar el año 1960. Asistí, con un grupo de amigos escritores, a una comida en el barrio Ñuñoa. Pasada la medianoche, salimos todos juntos. En una esquina de Irarrázaval me despedí para tomar locomoción. Allí, unas diez personas esperaban, como yo. Me dijeron que hacía media hora no pasaban taxis ni buses. De pronto, al frente, en la calle perpendicular, apareció un bus. Todos corrieron hacia allá. Para asegurarme, yo grité:

—¿Va por la Alameda?” y veinte voces contestaron: “Sí, sólo entonces corrí hacia el frente. Y cuando iba llegando al bus, gira en mi contra, a toda velocidad, un auto. Yo sólo recuerdo mi enfrentamiento con los dos focos. Sólo tuve tiempo de pensar: “María Urzúa, te acabaste”, y no supe más.

¿Cuánto tiempo pasó? No lo sé. Sólo sé que de pronto, un lejano campanilleo resonaba en mi cabeza. Y una voz muy, pero muy apagada, decía: “Está muerta”... Pero la voz seguía hablando como en un subterráneo y yo no entendía nada. Sólo ese campanilleo continuaba en mi cabeza. Y de pronto el grito del hombre.

“¡Si está viva! ¡Y se para! ¡Y camina! Señora linda; qué ángel la salvo? Si la atropellé. . . la arrastré como diez metros con el tapabarro. . . y ese auto tan pesado. . . no lo podía parar. . . ¡Si usted quedó muerta! . . . El hombre estaba histérico. Hablaba como un loco.

Me toqué la cabeza y el lado derecho estaba más alto. No podía moverme. Todo mi cuerpo era un solo dolor. Entre él y su mujer me subieron al auto.

— Quiero ir a la Asistencia Pública, dije.

— No, no. Allá le daría una pulmonía. . .

No hubo caso. El tipo me llevó a mi casa. Me dejó en la puerta del edificio y partieron, él y su mujer.

No podía moverme. Mi brazo no alcanzaba a levantarse para tocar el timbre. Debí pedir a un transeúnte que oprimiera el botón. Por fin llegó el nochero. Me miró extrañado, pero no le expliqué nada. El me dejó en el ascensor. Al llegar a mi departamento, así, vestida, me tendí en la cama. Sólo pude quitarme los zapatos. Y a pesar del dolor en todo el cuerpo, me sentía feliz.

"Estoy viva", me decía. "Y debía estar muerta "Puedo ver las paredes, los cuadros y podré conversar con mis hermanos, con mis amigos... "Y esa noche, el amor a la vida dio nacimiento a "los Cantos a la Materia". Han pasado tantos años desde aquella noche, y cada vez quiero más a la vida.

Esa noche del 26 de diciembre de 1960 fue grandiosa. Supe aquilatar el significado de la vida, y comenzó a nacer "Altovalsol", que el año 1961 figuró por los críticos entre los tres mejores poemarios del año.

¿Por qué, después de esos tres libros de poemas, me he dedica al cuento?

Sólo porque así me han nacido. Al cuento y al ensayo.

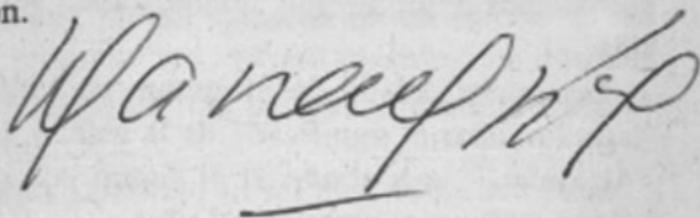
"ALTA MAREA fue mi primer libro de cuentos, publicado por la Editorial del Pacífico en 1959. Al año siguiente (1960) apareció "La Isla de los Gatos" en Ediciones Mazorca. En 1963, en ediciones "El Viento en la llama" aparece "El Presidente" y el 27 de junio de 1973, la Editorial del Pacífico lanzó el libro de cuentos "El invitado". Este libro obtuvo el Premio de la Academia y Primer Premio Municipal de Cuentos en 1977.

La Mujer en la Poesía Chilena, editado por Nascimento en 1963 (Co-Autora) y Volvamos a París (ensayo), publicado en 1976.

También escribí una novela. Trabajé en ella durante dos años. Se llamaba "TODOS SOMOS EXTRAÑOS". La

entregué a la Editorial del Pacífico. Estaba aceptada. Recordé que debía corregir algo, y la pedí por un par de días. La metí en una maleta y me fui a Viña por el fin de semana, para trabajar allá en mi novela. Pero desde el bus alguien robó mi maleta, y a pesar de todo el empeño que puse para que devolvieran sólo la novela, no fue posible recuperarla. Para mí significó la muerte de un hijo. No sé si algún día podré rehacerla.

Pero, a pesar de eso, sigo diciendo, como Violeta Parra: Gracias a la vida que me ha dado tanto, gracias a mis padres, a mi país, a mis hermanos, a mis amigos y a los maestros que me formaron.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Violeta Parra', written in a cursive style. The signature is positioned below the printed text and is underlined.

EDITORIAL DEL PACIFICO. S. A.

